

Quiero morir contigo

Como esta tarde para siempre

Jaime Manrique

Seix Barral, Bogotá, 2018, 270 pp.

EN LÍNEA con su trayectoria transfronteriza, su producción literaria bilingüe (inglés y castellano) y sus oscilaciones entre los escenarios colombianos y los extranjeros, Jaime Manrique (Barranquilla, 1949) publicó *Like This Afternoon Forever* en la editorial estadounidense Kaylie Jones Books y su versión en español en Planeta Colombia y en Seix Barral, en traducción de Juan Fernando Merino y Patricia Torres Londoño. Sin embargo, en *Como esta tarde para siempre* el recorrido geográfico de la narración se desarrolla no en Nueva York o en Madrid, sino enteramente dentro de las fronteras colombianas. Concretamente, transcurre en un tránsito (en realidad, dos tránsitos vitales) que llevará(n) al lector de Güicán a Facatativá, y de ahí a Putumayo y más tarde a Bogotá y Soacha.

El de esta novela es también un recorrido a través del tiempo: desde la infancia y la adolescencia en los ochenta y principios de los noventa, pasando por la juventud en la selva y hasta la llegada a la capital, cerca ya del cambio de siglo. Esta es la historia, desde el principio hasta el final, de Lucas e Ignacio: dos personajes unidos de por vida que atravesarán de la mano, de forma tortuosa y turbulenta, los desgarros de su amor prohibido, el paso del tiempo, la injusticia y la violencia en Colombia –con paciencia, devoción y entrega tranquila, a veces resignada, en el caso de Luis, y con inconformismo, rabia y permanente insatisfacción, en el caso de Ignacio–.

La violencia está presente desde el comienzo: “Lucas creció escuchando la historia de cómo su padre había sido el único de su familia que había sobrevivido a una masacre” (p. 12). Se trata de una violencia que parecería condenada a transmitirse de generación en generación como una maldición –“en sus borracheras, Gumersindo [el padre] comenzaba a gritar: ‘Un día de estos voy a vengar a mi familia. Aunque sea lo último que haga en mi vida’. Y después armaba tremendo alboroto

por toda la casa, rompía y destrozaba cosas y pateaba a los animales” (p. 16)–, y que acompañará al discreto Lucas, bajo diversas formas, el resto de su vida. Por un lado, en la huella impresa en su carácter, apocado y algo temeroso –“ya sé lo miedoso que eres”, le espeta Ignacio; “puedes tacharme de cobarde, si quieres. Admito que soy un cobarde cuando se trata de conservar la vida” (pp. 211-212), le responde él–, pero siempre incondicionalmente amoroso (rompiendo así, por fin, el círculo de maltrato a través de su compasión llevada hasta las últimas consecuencias). Por otro lado, más allá de la esfera personal y familiar, violencia también a través de la realidad social del país, reflejo en última instancia, a distinta escala, de similares círculos viciosos de frustración e injusticia.

Esta injusticia llevará a Ignacio (marcado durante la infancia y la juventud por su origen indígena) primero al activismo social y al compromiso con los más desfavorecidos, y más tarde a una espiral de culpa y autodestrucción. En el fondo, “Ignacio hubiera querido haber nacido tan optimista como Lucas, que creía que lo único que había que hacer era depositar su fe en Jesucristo y entonces todo saldría bien” (p. 135). Pero jamás lo logrará, y en esa espiral no podrá dejar de arrastrar hacia el abismo al tranquilo Lucas, quien sin embargo le apoyará siempre sin dudarlo, a pesar de la incompreensión, a veces –“no encuentro qué tiene de fascinante todo esto [...] estos barrios pobres me recuerdan al lugar donde crecí” (p. 140)–, y a pesar también de las traiciones amorosas, del trato hosco y los gritos producto del alcoholismo, y de las miserias finales de la enfermedad y el descrédito social.

Muchos de los elementos que conforman *Como esta tarde para siempre* se encontraban ya en otros títulos de la extensa obra literaria de Manrique; otros son mimbres narrativos recurrentes y sobradamente conocidos. Respecto a estos últimos, se podría pensar en aproximaciones recientes a través de novelas como *El huerto de los corderos*, del chileno Alejandro Sandrock, o de películas como *La mala educación*, de Almodóvar; *In the Name Of*, de Malgorzata Szumowska, y (sin el componente gay) *La pasión de*

Gabriel, del colombiano Luis Alberto Restrepo. En cuanto a la continuidad con su obra previa, ya en *El cadáver de papá* (1978), su primera novela, estaban presentes la etapa de formación en el colegio religioso, el tema de la élite dirigente que vive al margen del pueblo colombiano, el desamparo de las clases desfavorecidas, el narcotráfico, la violencia, las familias rotas. El homoerotismo y las reflexiones sobre la homosexualidad recorren las páginas de su libro de poemas *Mi noche con Federico García Lorca*, de su aclamado texto de no ficción *Eminent Maricones: Arenas, Lorca, Puig, and Me* (1999), y de piezas narrativas como *Latin Moon in Manhattan* (1992) y *Twilight at the Equator* (1997), donde también explora el coqueteo con las drogas. Igualmente, el tema del sida ya había sido tratado en su poema “Al era de Alabama”, de *Mi cuerpo y otros poemas*.

En cuanto a los elementos de esta novela ya ampliamente abordados por la tradición narrativa occidental encontramos, por un lado, el descubrimiento juvenil de la libido y de lo prohibido, el primer amor en el colegio, el homoerotismo de los seminarios, la complicada relación de la Iglesia católica con la sexualidad, las dudas existenciales sobre la vocación religiosa, la lucha por mantener la fe... Por otro, más apegados al contexto estrictamente latinoamericano y colombiano, están el trasfondo social y político de la Colombia de los años ochenta y noventa y de la primera década del siglo XXI, los ecos de la teología de la liberación, el compromiso social de ciertos sectores de la Iglesia latinoamericana enfrentados a las jerarquías conservadoras y complacientes con la violencia paramilitar y los abusos gubernamentales... Ninguno de estos temas es tratado en esta novela de forma rompedora, ni tampoco parece haber ningún interés por parte del autor en intentar dar una nueva vuelta al género o aportar nuevas aproximaciones a esos topos narrativos. La historia es contada sin pretensiones, con un lenguaje sencillo y cálido, desde una mirada afectuosa y compasiva con los personajes.

Tampoco se aborda el material desde el realismo descarnado habitual en otras obras icónicas de la literatura co-

POESÍA		RESEÑAS
<p>lombiana que mezclan homoerotismo, desigualdad social y violencia, sida, relaciones familiares e Iglesia, como <i>La Virgen de los sicarios</i> (llevada al cine por Barbet Schroeder en el año 2000) o <i>El desbarrancadero</i> (ganadora del Rómulo Gallegos en 2003), ambas de Fernando Vallejo. Cuando Manrique se adentra en determinadas cuestiones históricas, como los llamados “falsos positivos”, lo hace elaborando narrativamente materiales de la crónica periodística de la época, en la comodidad de estar insertando pedazos de realidad ya objetivada como base firme para la ficcionalización. De hecho, esta cercanía con la realidad impregna toda la obra, ya que, como queda finalmente desvelado, la historia de Lucas e Ignacio está inspirada y reproduce fielmente la estructura de la historia verídica de los sacerdotes Rafael Reátiga y Richard Piffano. Pero en ese tejido, Manrique introduce un hálito romántico sin apenas excesos retóricos o líricos.</p> <p>Sin embargo, debajo de ese caparazón sencillo, que atendiendo únicamente a la sinopsis podría parecer quizás algo manido, la obra sí proporciona, sin aspavientos, vislumbres atrevidos sobre ciertas cuestiones, como por ejemplo la amplia tolerancia de la Iglesia colombiana tanto con la homosexualidad como con la existencia de relaciones estables de pareja entre el clero, mucho más aceptadas, de acuerdo con la visión de Manrique, de lo que podría imaginarse. El tema de los abusos en los colegios está presente pero el autor no se detiene excesivamente en ello, más interesado tal vez en reflejar el contraste entre el hostigamiento público contra la homosexualidad en las primeras etapas de la formación religiosa de los chicos protagonistas y la extendida aceptación implícita descubierta en las edades adultas.</p> <p><i>Como esta tarde para siempre</i> transita desde los recuerdos temblorosos de la infancia en el pueblo, los malos tratos paternos, los primeros descubrimientos en el vecindario, hasta los años de escuela; desde el primer amor, que no podrá ser, las aventuras de juventud en la selva y el reencuentro, llegando a las responsabilidades contraídas en la edad adulta y las obligadas contradicciones derivadas de la</p>	<p>realidad; desde la sordidez de los bajos fondos y las vidas desgarradas por la desesperanza en la gran ciudad y la necesidad de encontrar nuevos estímulos cada vez más extremos, hasta la ternura reencontrada en el final de una existencia. Con este recorrido vital ha logrado una novela directa y emotiva que, sin embarcarse en grandes innovaciones narrativas o estilísticas, es capaz de emocionar con una mirada a la vez profundamente colombiana y universal.</p> <p style="text-align: center;">Sergio Colina Martín</p>	